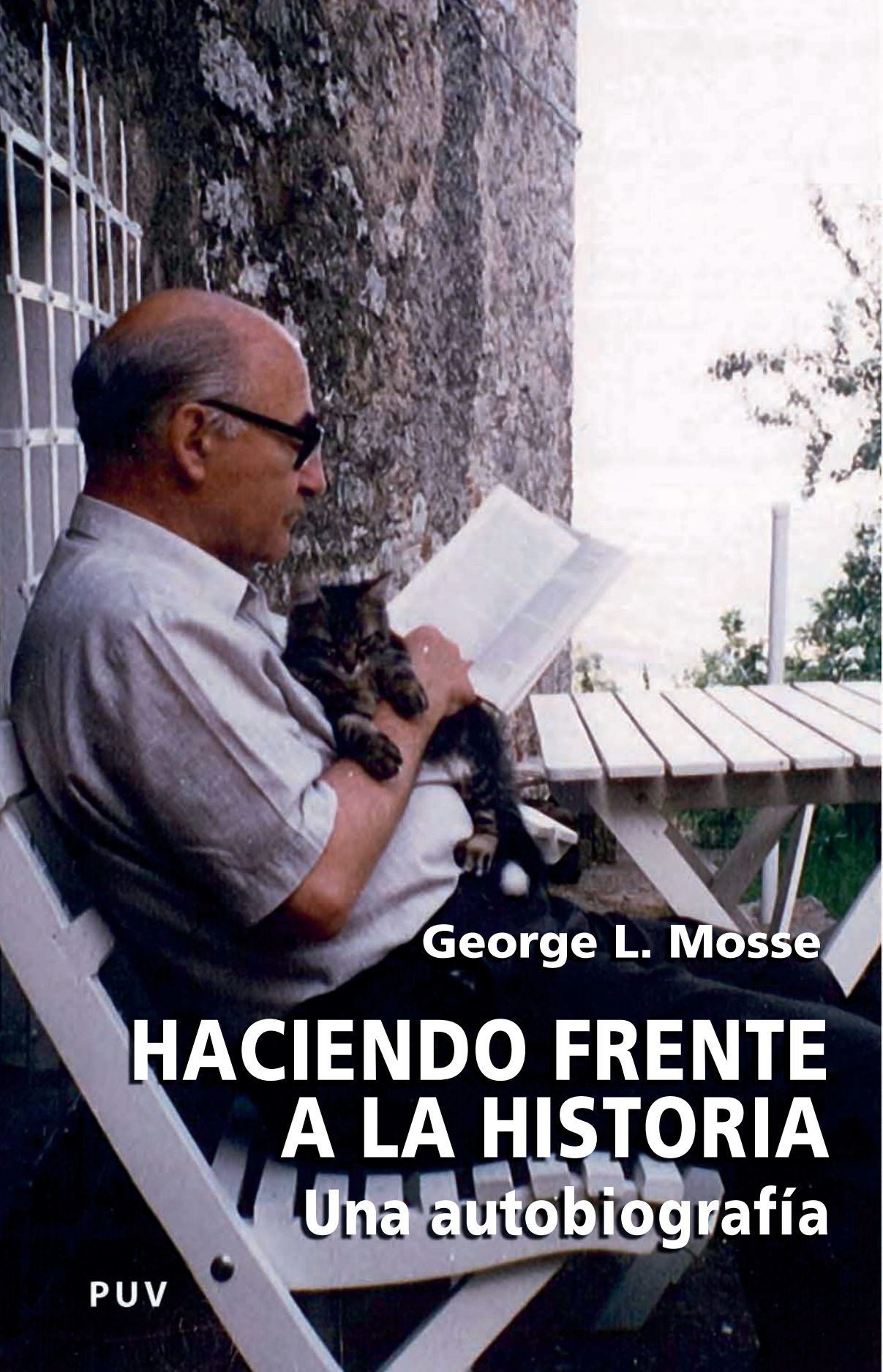


George L. Mosse

HACIENDO FRENTE A LA HISTORIA

Una autobiografía

PUV

HACIENDO FRENTE A LA HISTORIA

HACIENDO FRENTE A LA HISTORIA

Una autobiografía

George L. Mosse

Traducción de
Zira Box

Universitat de València
2008

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.

Título original: *Confronting History. A memoir*
© The Board of Regents of the University of Wisconsin System, 2000
© De la fotografía de la sobrecubierta:
© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2008
© De la traducción: Zira Box Varelas

Publicacions de la Universitat de València
http://puv.uv.es
publicacions@uv.es
Fotocomposición y maquetación: Communico, CB
Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.
ISBN: 978-84-370-6740-7
Depósito Legal: V. 1.834 - 2008

Sumario

1. Introducción. Sobre el terreno natal 9

2. El escenario 15

3. Asuntos de familia 29

4. Forjando el carácter en Salem 65

5. La experiencia del exilio 85

6. Despertares políticos 109

7. Asentándome en la vida 131

8. Los años en Iowa 149

9. Finalmente en casa 173

10. Haciendo frente a la Historia 197

11. Viaje a Jerusalén 215

12. Excurso. Londres como mi segundo hogar 233

13. El pasado como presente 243

1

Introducción

Sobre el terreno natal

¿Por qué escribir una autobiografía? ¿Se debe, tal vez, a que después de haberme pasado la vida tropezando con las historias de los demás quiero finalmente encontrarme con la mía propia? Las razones habituales para escribir una autobiografía difícilmente pueden aplicarse en mi caso. La razón más común es querer pasar la propia historia a los descendientes, y yo no tengo ninguno. Están también aquellos que han vivido una vida pública o que se consideran –con razón o sin ella– «hacedores» de la historia, una reivindicación que yo no puedo hacer. Como académico, he lidiado con documentos, ideas y teorías que, presumiblemente, podrían haber influido en los asuntos de estado actuales. Pero incluso en este caso, no me siento con derecho a considerarme especialmente destacado –salvo de una forma indirecta–, dado que el análisis histórico es siempre relevante, especialmente el de la historia más reciente. Y, además, ¿quién sabe qué persona de las que actualmente ocupan algún cargo público ha podido estar influida por las clases o conferencias que uno ha dado, o haber leído algunos de los libros que uno ha escrito? Alguien que haya contribuido activamente al conjunto de ideas que han determinado cómo miramos al mundo estaría justificado para escribir una autobiografía: ciertamente, habría sido de mucha ayuda leer la de Karl Marx (por ejemplo). En mi caso, sin embargo, es demasiado pronto para pronosticar si alguna de las ideas que he expresado a lo largo de mis escritos históricos o de mis clases y conferencias tendrá o no consecuencias en el futuro. Nunca he sido lo que se podría denominar un pensador político sistemático.

Algunos de los libros que he escrito han tenido un cierto impacto en el modo como miramos al pasado, y durante décadas he dado clase a miles de estudiantes, tanto en aulas repletas de universidades estatales, como en reducidos seminarios en Israel y Europa. Siempre me ha divertido enseñar y, probablemente, he dado a lo largo de mi vida más clases y conferencias

en instituciones académicas y centros cívicos que la mayoría de mis colegas de profesión. Pero aunque muchos de mis estudiantes me han dicho que influí e incluso, a veces, que cambié sus vidas, las consecuencias que tiene enseñar no son fáciles de calibrar. Suelen permanecer escondidas en las vidas individuales.

¿Por qué escribir entonces este libro? Porque considero que encontrarme con mi propia historia puede ser útil e instructivo para mí mismo y para los demás al iluminar un ángulo muy particular de los tiempos recientes. Si uno está convencido, como yo lo estoy, de que lo que el hombre es sólo la Historia lo puede decir, resulta entonces tentador poner la propia historia personal en perspectiva histórica –especialmente, cuando esa vida contiene discontinuidades y experiencias que fueron provocadas por el curso de la Historia, y cuando lo que fue experimentado como un desafío personal refleja, en realidad, los acontecimientos que azotaron a Europa–. La frase «Vida y Época» ha sido sobreutilizada en las biografías del siglo pasado. Sin embargo, esta conjunción resulta cierta en una existencia que abarca el estilo de vida (ya desaparecido) de los judíos alemanes de la clase media acaudalada, el exilio repentino, el brusco despertar político, y la inmersión en la vida –e incluso, en cierta medida, en la vida política– del Medio Oeste americano.

A lo largo de mi vida he presenciado el paso cada vez más acelerado del tiempo, y es esto lo que podría resumir mi propio sentido del cambio. Cuando era adolescente ya existían los coches a motor (aprendí a conducir en el modelo *T* de Ford), pero sólo los ricos podían permitírselos; todavía no había medios de transporte de masas. Los aviones de pasajeros no se conocían, como tampoco la televisión, los ordenadores o las centrales telefónicas. En su autobiografía *El mundo de ayer*, Stefan Zweig cuenta que antes de la Primera Guerra Mundial nunca vio a su padre correr, sólo caminar. Yo sí vi a mi padre correr, antes y después, pero en raras ocasiones. Se consideraba poco decoroso. Los ejemplos de este mundo en mutación abundan: para cruzar el Océano hacia Europa cambié el barco –una agonía para alguien que había vivido un naufragio, como contaré más adelante– por el avión; reemplacé mi leal máquina de escribir por mi no tan de fiar ordenador. Las distancias se reducían y el tiempo se escapaba.

Sin embargo, por encima de todo, el transcurso del tiempo ha estado marcado en mi memoria por las crisis políticas y por los momentos de agitación política y social, incluso antes de la llegada de Adolf Hitler al poder. El creciente poder de la derecha política nacionalista, racista y antisemita durante la República de Weimar, la inseguridad creciente experimentada por los judíos, o los problemas económicos que ahora pueden leerse en los libros de historia, dejaron su impronta a mi alrededor. Mi vida refleja los sucesos

catastróficos de nuestro tiempo, pero sigue siendo una vida personal: esos sucesos están filtrados a través de mis propias experiencias y percepciones. Algunas de ellas fueron las que cabría esperar, mientras que otras fueron más particulares y menos habituales, especialmente en lo que se refiere a mi experiencia del exilio. No puedo pretender haber sido realmente representativo para nadie, sino tan sólo haber sido yo mismo.

Aun así, una percepción personal que esté históricamente fundada –máxime si no se ha sido nunca ajeno a la política– puede servir para transmitir una determinada atmósfera, un cierto sentido de cómo era vivir durante la primera mitad de nuestro siglo. Si todas las percepciones y experiencias son personales, éstas no tienen por qué ser únicas. La Guerra Civil española de los años treinta, por ejemplo, condujo, no sólo a mi propio despertar político, sino al de toda una generación –de la misma forma que la lucha antifascista fue compartida por la mayoría de mis amigos y contemporáneos–. En toda vida existen compartimentos privados que parecen extremadamente personales pero, incluso en esos casos, éstos son en gran medida dependientes del contexto en el que se ha vivido esa vida.

El punto de partida es importante en toda existencia, y mi propio comienzo difícilmente podría ser considerado como algo típico o ampliamente compartido. Al empezar contando mi vida en Alemania –primero en mi casa familiar y luego en un conocido internado– no recuerdo simplemente un mundo desaparecido. Lo que recuerdo es una forma de vida que tuvo un impacto directo sobre todo lo que vino después, incluso a mí mismo me cuesta establecer la conexión entre el niño malcriado, el curtido y conformista escolar, el joven con conciencia política, y el futuro historiador poco amigo de los convencionalismos. En este libro he procedido cronológicamente porque sólo así puedo entender las continuidades y discontinuidades de mi vida.

Como historiador entrenado tengo cierta práctica en el intento de ir hacia atrás en el tiempo para descifrar cómo la gente que vivía en él entendía su propio mundo. He creído siempre que la empatía es la cualidad principal que debe cultivar todo historiador, y espero que esta convicción me haya situado en un buen lugar para mirar hacia mi propia y longeva vida. Empatía significa poner a un lado los propios prejuicios contemporáneos para encarar el pasado sin temores ni favoritismos.

Dado que la memoria humana no es una red sin fisuras, cualquier autobiografía, al margen de algunos temas generales, está condenada a ser episódica. He tenido que confiar casi exclusivamente en mis recuerdos del pasado y, como resultado, algunos episodios ocuparán un lugar preponderante mientras que otros faltarán. Sin embargo, estas carencias sirven a un propósito: obviamente, recuerdo aquellos acontecimientos que dejaron una

impronta duradera y que, en mi propia mente, sirvieron para condicionar el futuro.

No obstante, hay algunos temas constantes que han atravesado toda mi vida, proporcionando un hilo conductor a este libro. Mi condición de excluido real o potencial en tanto judío viviendo en un entorno hostil durante mis años de formación dejó sin duda su huella, como lo hizo también mi condición de marginado sexual, un hecho que, si hubiera sido conocido, podría haberme bloqueado toda posibilidad de ascenso social.[1] Estas cuestiones han sido importantes pero, a menudo, fueron silenciadas y ensombrecidas por los compromisos de la lucha política o por los requisitos de la escritura y comprensión de la Historia. No pertenezco a esa generación más reciente para la que la victimización, en vez de ser una frustración o una prueba de carácter, constituye un símbolo de orgullo.

Los temas que dominarán mi narrativa durante largos períodos de tiempo derivan del enfrentamiento y del intento de conseguir un espacio para mi propio desarrollo. Tuve que hacer frente al nacionalismo y al racismo –ambos alcanzaron su punto culminante en Europa cuando yo era muy joven– para presenciar, a continuación, las guerras que desfiguraron la primera mitad del siglo, aunque más que en el frente de batalla las viviera desde casa. Dado que he pasado largos períodos de tiempo en Estados Unidos, Alemania, Francia, Israel e Inglaterra, una vez me preguntaron que en qué país me gustaba vivir más. Mi respuesta fue que en cualquiera en el que los pasaportes no importasen, en el que nunca se necesitase uno y en el que se me considerase en función de mí mismo, sin etiquetas ni estereotipos. A veces, Estados Unidos se aproximó a este ideal, pero nunca de manera completa; tal vez una nación como la que imagino no exista todavía. En ocasiones el nacionalismo, con su sentido de pertenencia, ha ejercido un cierto atractivo sobre mí, aunque paradójicamente nunca he sido capaz de sacudirme por completo la mentalidad de refugiado ni de dejar de ser, en algún lugar de mi imaginación, un eterno inmigrante, un viajero perpetuo.

Sin embargo, y aunque fuera como último recurso, el sentimiento de pertenencia, tan deseado por el desarraigado, ganó cuando el eterno emigrante se americanizó. Quería ser considerado un verdadero americano, naturalizado en el lado oeste del Mississippi en lugar de en la decadente costa Este, tan cercana a Europa. Pero aun así, continué sintiéndome europeo y un continuo excluido. Esto puede parecer confuso, y tal vez lo sea, pero esta confusión se explica por una vida vivida en unos tiempos que no permitían ningún tipo de tregua.

[1] La palabra utilizada por el autor es la de *outsider*. En esta traducción, se utilizarán indistintamente los adjetivos *marginado* y *excluido* (N. de la T.).

La imagen del «intelectual libre y sin anclaje»[2] me ha atraído durante la mayor parte de mi vida, y todavía pienso que, para empatizar, el historiador no debe estar comprometido con una determinada visión del mundo –y menos que nada con un sistema de creencias nacionalista–; por el contrario, tiene que ser un eterno viajero, un espectador. Siempre he sospechado de manera instintiva de los historiadores que se aferran a una creencia absoluta, incluyendo la fe en alguna religión tradicional. Ahora me doy cuenta de que esta actitud, aunque deseable como ideal, era injusta. Yo mismo he experimentado fuertes compromisos en varios momentos de mi vida: mi participación en el movimiento antifascista, por ejemplo, o, en un plano menos intenso, en las causas sionista y liberal. La intensidad de la época hizo que una postura neutra fuera imposible y, tal vez, poco deseable de mantener. Las ambigüedades de la vida no se negarán, tales como el hecho de que, al final, el asentado ciudadano del Medio Oeste americano estuviera destinado a imponerse, aunque no sin dificultad, sobre el eterno emigrante.

Este libro, por tanto, no es la historia habitual de inmigración y asentamiento, como tampoco es el reflejo de la percepción habitual que se tiene sobre el exilio. Pero es que, en mi caso, incluso el escenario en el que crecí fue bastante inusual.

[2] Seguramente, Mosse traduce el término alemán *Freisch webende Intelligenz*, difundido por Harl Manheim y tomado, a su vez, de la Sociología de la cultura de Alfred Weber. La expresión aludiría a los intelectuales que flotan de manera libre y que, al carecer de lazos o ataduras sociales, podrían pensar libremente (N. de la T.).

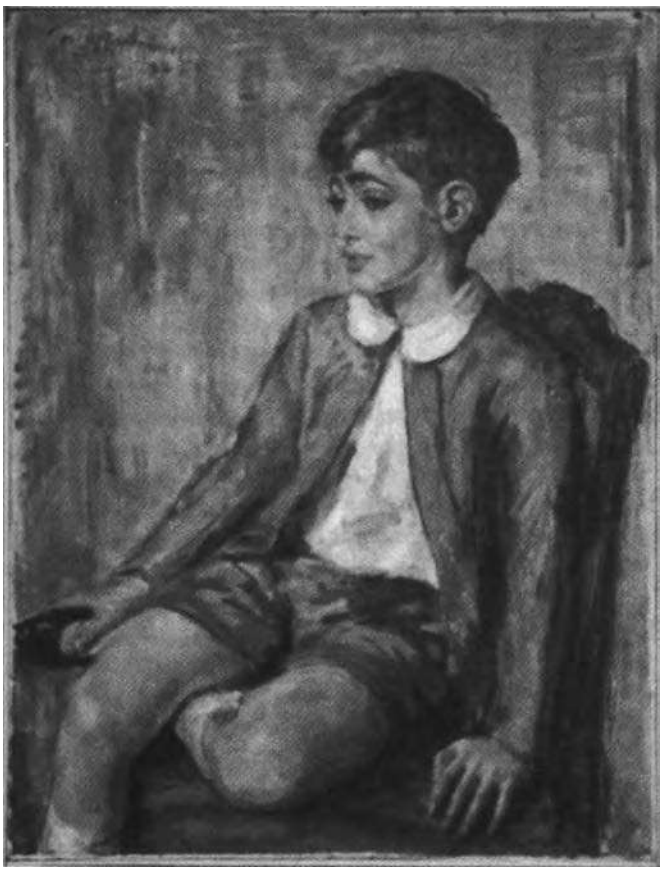
2

El escenario

Ninguna sensación de fatalidad inminente alteró mi infancia, transcurrida en Berlín durante los últimos años de la República de Weimar. Presencié aquellos años como un espectador protegido del mundo real a través de un estilo de vida opulento que servía para ocultar las realidades de la vida. ¿Qué otro niño disponía de coche y conductor propios para ir a la escuela primaria cuando aún no había alcanzado los diez años mientras los demás niños iban a pie? Toda una serie de institutrices cuidaban de cada una mis necesidades, y tenía a mi disposición mi propia sala de estar, aparte de mi habitación, tanto en Berlín como en la casa de campo de las afueras de la ciudad.

Para mí, aquella era una forma de vida evidente; no conocía otra. Nunca me sentí cohibido por aquellos espacios inmensos, como tampoco me sorprendía, por aquel entonces, disponer de criados que tenían tres o cuatro veces mi edad para todo lo que se me antojara. De hecho, nada de lo que había en nuestras casas era pequeño o mísero, excepto el armario de la limpieza, que se convertía en mi prisión cada vez que me comportaba como un chiquillo insoportable y travieso. Cuando recuerdo ahora aquellos primeros años, me doy cuenta de que me proporcionaron una suerte de confianza en mí mismo, o mejor, las cualidades de un sonámbulo que a lo largo de mi vida me ayudarían a superar situaciones presumiblemente peligrosas al ser capaz de ignorarlas en gran parte –como, por ejemplo, cuando tuve que soportar el acoso de una fila de *camisas pardas* al salir de Alemania–. Siempre he sido capaz de arreglármelas en situaciones que parecían no tener salida.

Y aun así, en lugar de ser feliz en mi propio reino, yo era un niño malhumorado, un *enfant terrible*. Estaba solo, rodeado de adultos; cuando se consideró que había llegado el momento de que jugase con chicos de mi edad –los niños del pueblo de Schenkendorf donde estaba situada nuestra finca– teníamos que reunirnos en casa. Ninguna amistad verdadera podía



Retrato por Max Oppenheimer, 1927.

prosperar de aquella manera. La familia como tal tampoco proporcionaba demasiado apoyo real, ya que raramente estaba presente. Tomaba el desayuno y el almuerzo en mi sala de estar con la institutriz, y sólo ocasionalmente se me permitía participar en la cena familiar en la que todos estaban reunidos. Mis padres venían a darme las buenas noches, pero eso era todo lo que normalmente los veía. Es evidente que yo reclamaba atención y que no dudaba en llamarla de las formas más irritantes.

Pero lo que por encima de todo caracterizó el escenario de aquellos primeros años fue la opulencia y la amplitud del espacio. Aunque yo no la visitaba habitualmente, la mansión de mi abuelo en Berlín es la casa que simboliza, por encima de cualquier otra, el fondo sobre el que transcurrió mi infancia. Mi abuelo materno, Rudolf Mosse, construyó su «palacio» en la plaza Leipziger de Berlín en 1882 inspirándose en los de la Italia renacentista con el fin de demostrar la solidez de su imperio editorial, fundado

dos décadas antes. Como signo adicional de su estatus, compró la finca de Schenkendorf en 1896, con su lujosa casa de campo, situada a unos cuarenta minutos en coche desde Berlín. La residencia de la ciudad era una amplia construcción de piedra de estilo clásico. El patio tenía una fuente de Walter Schott, fuente que, con sus doncellas bailarinas, sería imitada posteriormente en otro estado de Prusia Oriental y en el Central Park de Nueva York, donde todavía permanece. Pero esto no era todo. Además de las espléndidas dependencias, la mansión guardaba, también, la galería de arte de mi abuelo y su extensa biblioteca.

La existencia de una galería de arte y de una biblioteca como aquellas en una casa privada refleja el ideal de *Bildung* de la clase media alemana: la adquisición de autoestima a través de un continuo perfeccionamiento en el que la educación, la cultura y las artes visuales desempeñaban un papel importante. Las pinturas y esculturas de una colección como la de Rudolf Mosse, con sus temas históricos, sagrados, o nacionales, podían concentrar y proporcionar sin dificultad una dimensión espiritual que, ejemplificando la verdad y la belleza, elevaban el espíritu humano.

La que seguramente era la pintura más asombrosa de la mansión decoraba una extensa pared del comedor. El artista, Anton von Werner, famoso por su cuadro sobre la proclamación de Bismarck del nuevo Reich alemán pintado en 1877, era un experto en lienzos de temas históricos. Recuerdo bien su enorme fresco en el comedor, ya que constituía para mí una fuente de fascinación interminable. *La comida festiva*, como se llamaba, era un retrato de colores brillantes que había sido terminado en 1899. Rudolf Mosse, junto con su esposa y su hija –mi madre– y algunos de sus influyentes amigos del mundo político, estaban vestidos con trajes renacentistas, sentados en una gran mesa de banquete sobre un fondo italiano, hablando y brindando. Era una reunión de destacados liberales, como el médico y político Rudolf Virchow y el parlamentario liberal Heinrich Rickert. Otros miembros de la elite de la clase media también se habían hecho retratar de la misma manera, y los frescos de sus casas, realizados a finales del siglo XIX, mostraban casi siempre a la familia vestida con atuendos del Renacimiento.

Esta moda, que no tardaría en desaparecer una vez entrado el nuevo siglo, simbolizaba, por un lado, una forma de autoconfianza de una parte de la nueva elite de clase media alemana; por otro, su intento de legitimarse a través de la apropiación de un pasado no aristocrático que había constituido uno de los puntos culminantes de la cultura y del gusto occidentales. Además, éste era un pasado que, en su republicanismo, se ajustaba bien a la elite liberal, mecenas de la cultura. Por ello, en tanto signo de su integración en la cultura y tradición europeas, era especialmente apropiado para los judíos alemanes. Yo entonces no sabía nada de todo esto. Simplemente me divertía

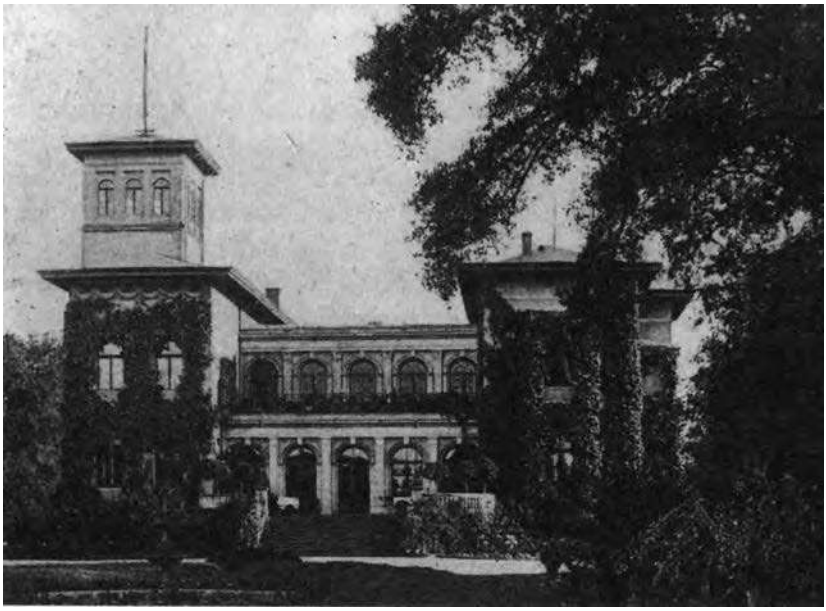
La comida festiva: el abuelo Rudolf Mosse, su familia y amigos, retratados por Anton von Werner, 1899.

mirar una fiesta de disfraces como aquella y dejarme impresionar por la juvenil belleza de mi madre.

Después de la muerte de mis abuelos, las habitaciones de la mansión permanecieron vacías hasta 1933, excepto para los guardianes y las reuniones ocasionales patrocinadas por nuestra editorial. Estoy seguro de que debía haber criados por allí, pero aunque tengo conciencia de su presencia en nuestra propia casa de Berlín y en Schenkendorf, no tengo recuerdos de los que vivían en Leipziger Platz.

La villa que mi abuelo había construido para su hija y su marido –mis padres– en la parte oeste de Berlín era algo diferente, más moderna y anodina que la suya. Es allí donde pasé parte de mi primera infancia. En el piso de arriba, cada uno de los tres hijos teníamos una habitación y una sala de juegos (o un salón, según fueron creciendo mis hermanos). También allí, yo vivía en mi propio mundo. Las habitaciones destinadas a las actividades públicas y el comedor estaban abajo, junto al estudio de mi padre. Todos los recuerdos que tengo de los dos salones grandes y recargados están vinculados con la vida social de la familia, dada la cantidad de reuniones que tuvieron lugar en ellos. Venía después un gran comedor decorado con tapices de los Medici. Tras él, se había construido una sala de conciertos, donde músicos conocidos del momento tocaban en solitario o en cuartetos. La tradición de realizar actuaciones musicales en las casas privadas existía todavía en esos círculos sociales. Cada uno de nosotros fue invitado a aquellas veladas y, todavía hoy, soy capaz de recordar uno que ofreció un cuarteto en la casa del destacado banquero Carl Melchior –quizá porque, por una vez, se me permitió acompañar a mis padres.

Mi familia me consideraba demasiado joven para participar en la vida cultural del Berlín de aquella época, así que me resulta irónico cuando los estudiantes me preguntan hoy por mi experiencia de la excitante vida cultural de la República de Weimar. Es verdad que, al igual que a otros niños, me llevaron a la ópera (normalmente, a aquellas como *Martha*, de Friedrich von Flotow, la primera a la que asistí, o *Zar und Zimmermann*, de Albert Lortzing, la segunda) pero, por ejemplo, nunca fui al teatro. Mi infancia transcurrió casi por completo en Schenkendorf o en la villa de mis padres de Maassenstrasse, situada en uno de los barrios más elegantes de Berlín. Allí estábamos rodeados por las casas de otros miembros de la elite judía, muchos de los cuales se conocían entre sí. Aunque no de manera completa, se había producido una cierta «reguettorización» en la distribución y ocupación de la ciudad. Incluso en Schenkendorf estábamos rodeados por fincas que habían sido compradas por conocidos nuestros, la mayoría banqueros o industriales. Mucho de este esplendor sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, pero también muchas de aquellas villas fueron derribadas en los años



Scholss Schenkendorf.

La casa de Maassenstrasse.

sesenta para dejar espacio a la renovación urbana y a sus horribles edificios prefabricados de apartamentos.

Junto a la casa de Berlín, otro sitio en el que pasé gran parte de mi tiempo antes de ir al internado y, una vez allí, durante el período de vacaciones, fue la finca de Schenkendorf, situada en el campo de los alrededores de Berlín, con sus abedules y su terreno arenoso. En origen, Schenkendorf había sido un *Rittergut* feudal, una propiedad de caballeros. El propietario de una finca como aquella podía llevar, en la época guillermina, el título de *Rittergutsbesitzer* –algo importante en un mundo en el que los títulos garantizaban estatus–. El edificio de la casa databa tan sólo de la década de 1890. Estaba rodeado de un gran parque y, más allá, por tierras de cultivo de grandes proporciones. El corral contiguo al parque, con sus establos y un molino abandonado, constituyó siempre para mí un atractivo lugar de juegos.

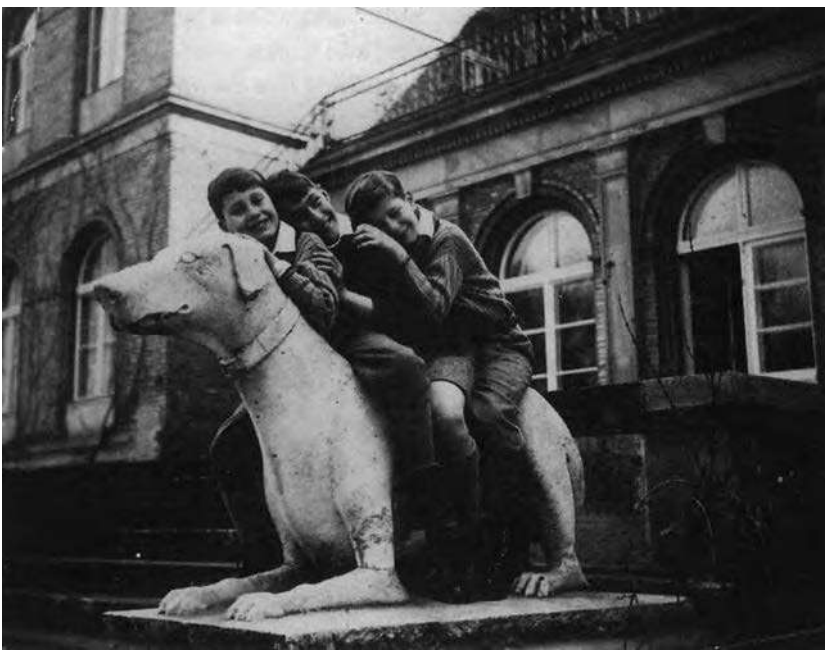
Alrededor de la década de 1890, Schenkendorf ya había perdido las minas de carbón que le habían proporcionado su medio de vida principal. Las viviendas de los mineros, sin embargo, aún permanecían, imprimiendo un carácter propio a un pueblo de apenas unos cientos de habitantes. Las anodinas casas construidas por los propietarios de las minas eran llamadas «Casas Siemens» por la famosa compañía alemana, que había sido propietaria de la mina. Hasta el día de hoy, los emblemas del sindicato minero decoran la casa más grande del pueblo, casa que, en su momento, fue su centro social. Pero en lo que a mí respecta, todo esto era simplemente el ambiente de fondo en el que transcurría mi infancia. No recuerdo haberme mezclado con los niños del pueblo, aunque, no hace mucho, me dijeron que a algunos niños se les ofrecían pasteles y caramelos en la casa con el fin de que yo tuviera compañeros de juego. En mi cumpleaños, la banda de música del pueblo tocaba debajo de la terraza principal de la casa exclusivamente para mí, un homenaje que, una vez más, me resultaba evidente y natural.

El pueblo era extremadamente pobre y en su momento se dijo que, en 1933, la mitad de sus habitantes habían votado a los nazis frente a la otra mitad, que habían votado a los comunistas. Por todo ello, mis padres actuaban y eran considerados como una especie de señores feudales. En 1928, por ejemplo, donaron a la iglesia las campanas: una tenía inscrito el nombre de mi hermana y la otra el mío (no sé por qué mi hermano había sido aparentemente omitido en esto) y recuerdo nítidamente la ceremonia de instalación de las campanas oficiada por el obispo luterano de la región. Hoy en día, esa campana es el único lazo concreto que todavía me ata a aquel pueblo; mientras que la de mi hermana fue fundida durante la Segunda Guerra Mundial, la mía continuó repicando sobre Schenkendorf. La iglesia me había impresionado desde mucho antes, debido a que guardaba en sus sótanos los cuerpos de los hijos del conde von Löben, a quien había perte-

necido buena parte de la zona durante el siglo XVII. Los 18 ataúdes a medio abrir que contenían sus huesos ofrecían una visión fascinante y horripilante a la vez. (El interior de la sencilla iglesia, después de su restauración bajo la República Democrática Alemana, resultó ser una joya del siglo XVII que merece la pena visitar).

Para mí, la casa de Schenkendorf nunca fue especialmente atractiva, con aquel gran *hall* en el centro alrededor del cual se disponían, sobre la galería, las ocho habitaciones preparadas para las visitas. Mi padre había equipado cada una de estas habitaciones con un baño privado, un insólito lujo para la época. Los dos salones (uno rojo y otro verde) estaban en el piso de abajo junto al comedor, la gran habitación para uso de mi madre y el llamado jardín de invierno, que conducía a una amplia terraza con vistas a un extenso camino que llegaba hasta un pequeño lago.

La torre de la casa era mi dominio privado, y la isla en el centro del lago, situada junto a la misteriosa torre de piedra abandonada que había a su lado, eran mis lugares habituales de juego, sitios que a veces compartía con algunos primos del lado paterno. Pero también pasé mucho tiempo en la enorme cocina situada en el sótano alrededor de la estufa dispuesta en el centro (y que todavía existe) gorroneando comida a la cocinera, una amiga especial.



Con sus primos Ali y Erwin Lachmann en una escultura de la entrada principal de Schenkendorf, 1929.

El coche rojo decorado para el décimo cumpleaños, septiembre de 1928.

Esta descripción detallada puede proporcionar una idea del tamaño del *Schloss Schenkendorf,* con sus 24 o más habitaciones y en el que cada hijo tenía su propia habitación y su propio salón, igual que en Berlín. El espacio es una parte importante de mis recuerdos de aquella época –la facilidad de movimiento, la grandeza del entorno–. Después de haber vivido en espacios tan grandes nunca me sentí realmente cómodo en los sitios pequeños y apretados. Este gusto por la amplitud está sin duda relacionado con la claustrofobia que experimenté cuando me vi obligado a vivir en habitáculos mucho más pequeños (aunque hay que decir que nunca fueron minúsculos, ni siquiera en el exilio). Creo, sin embargo, que la razón principal de esta predilección por el espacio, y de la consiguiente claustrofobia ante su falta, se debe a que en la casa de Maassenstrasse un castigo habitual para los niños desobedientes era encerrarlos en el armario de la limpieza, un cubículo negro y minúsculo en medio de aquella amplitud.

Schenkendorf tenía otra atracción única. Creo que debió ser para mi séptimo u octavo cumpleaños cuando nuestro chófer, el señor Barthmann, construyó para mí un pequeño coche rojo que funcionaba con una batería y que yo conducía por el parque, estando siempre dispuesto a llevar orgullo-

samente en él a familiares y visitas. Por supuesto, me convertí en la envidia de mis compañeros de juegos y, con toda probabilidad, fui uno de los niños más jóvenes que condujo un coche.

Los criados eran una parte esencial de este estilo de vida opulento. Las casas de Berlín y de Schenkendorf se mantenían cada una de ellas gracias a 5 o 6 criados, incluyendo el cocinero y el mayordomo, la empleada personal de mi madre, varios camareros y una ayudante de cocina. La leyenda familiar cuenta que, en una ocasión, mi padre se encontró por la escalera de nuestra casa de Berlín a una mujer a la que nunca había visto antes; cuando mi padre le preguntó sorprendido que quién era y qué hacía en nuestra casa, la mujer le respondió que era la ayudante de cocina. Nuestra relación con algunos de los criados era cercana y, en cualquier caso, con todos ellos siempre fue cordial, algo que no habría ocurrido si hubiéramos mantenido una postura más clasista. Todo lo que pudo salvarse del mobiliario de nuestras casas se debió a nuestros leales criados, los cuales rescataron objetos de valor, incluidos tapices y algunos muebles, bajo la mirada de la policía, que había confiscado nuestras propiedades después de que nos marcháramos al exilio. Algunos de aquellos objetos recorrieron con nosotros parte del camino alrededor del mundo, y aparecieron, finalmente, cuando mi padre y mi madrastra se habían asentado en California. Durante los primeros años del exilio, lo agradable se mezclaba con lo estrambótico, como cuando la fiel ama de llaves de la casa de Berlín empaquetó, entre los tapices de los Medici y las sillas estilo Imperio, una maleta llena de viejos enemas temiendo los estragos que la extraña comida americana podía causarnos.

Mientras estábamos todavía en Alemania, los criados llegaron a ser, en algunos momentos, como miembros de la familia. Ellos proporcionaban el punto intermedio entre mis padres y yo. Los más importantes eran las cocineras de Berlín y Schenkendorf, la empleada personal de mi madre y el mayordomo de Schenkendorf, lo mismo que el chófer. No podía decirse que yo fuera un niño olvidado; al contrario, todos ellos me mimaban y me dejaban jugar a su alrededor.

Pero aun así, aquellos que me mimaban y cuidaban eran, en última instancia, extraños, y yo echaba en falta lazos más íntimos. El cariño y la preocupación que sentían por mí y que, sin duda, yo notaba estaban siempre coartados por la sospecha de que tenían algo de montaje para conseguir beneficios económicos. Esta desazón que sentía en mi propia casa se intensificó en el internado, en Hermannsberg, cada vez que mis padres traían caramelos y dulces para todo el colegio. Estoy seguro de que sus intenciones eran buenas pero, incluso entonces, sentía que era un esfuerzo para comprar la popularidad del patito feo que yo era en aquella época. Mientras que otros miembros de mi familia más cercana eran altos y guapos, yo era bajito

y feo, aunque por aquel entonces la apariencia física no me importaba gran cosa. En su lugar, yo quería dejar mi propia impronta y escapar de la sombra familiar.

De toda la gente que me rodeaba en casa, fue la institutriz que llegó cuando yo tenía alrededor de ocho años quien se ganó mi confianza y quien venció mis sospechas de que pudiese haber otro tipo de intereses o motivos en sus cuidados.

No se trataba de mi primera institutriz; ya había estado a cargo de niñeras francesas antes. No recuerdo casi nada de ellas, excepto el hecho sorprendente de que todas fueran firmes monárquicas, de modo que, durante mucho tiempo, estuve convencido de que, en el pasado, Francia había estado mucho mejor gobernada por un benévolo monarca. A qué podía deberse este gusto, no lo sé. Tal vez eran damas refinadas que habían vivido tiempos duros y que miraban con nostalgia hacia épocas anteriores. En cualquier caso, estoy seguro de que ser mi niñera no debía resultar una tarea fácil, ya que ninguna de ellas duró demasiado tiempo en el cargo. El que mi primera lengua extranjera fuera el francés era natural en una familia que miraba hacia Francia como fuente de inspiración, tal y como hacían muchos judíos alemanes. Inmediatamente después del final de la Primera Guerra Mundial, mi padre dio el arriesgado paso de invitar a la conocida cantante francesa Yvette Guilbert a cantar en nuestra sala de conciertos privada. Mucho tiempo después, sería el embajador francés en Alemania, André FranÇois-Poncet, quien intercedería con las autoridades nazis para que mi abuela paterna pudiera visitarnos en el exilio de París.

La señorita Squire de Belfast fue contratada para que, además del francés, pudiéramos aprender inglés (conocer lenguas extranjeras no se consideraba un lujo, sino como parte del *Bildung*, al complementarse con el conocimiento de otras culturas de la Europa occidental). Sin embargo, la señorita Squire fue mucho más que una profesora. En la práctica, llegó a ser una verdadera madre sustitutiva para mí y, según lo que pude deducir del diario de mi hermana, también para ella. De modo significativo, debo reconocer que, a pesar de esta cercanía y del importante papel que desempeñaría en la determinación de mi futuro, no logro recordar su nombre de pila. Las institutrices eran todas «señorita» de tal o, en francés, simplemente «madame». Compartían la mesa y el tiempo con nosotros pero, aun así, seguían siendo consideradas como una especie de «criadas superiores». La señorita Squire ejemplificaba algunas de las mejores características de los cuáqueros, tal y como luego pude comprobar al entrar en contacto con muchos de ellos, tanto en el internado al que fui en Inglaterra, dirigido por la Sociedad de Amigos, como en el *college* de Haverford, en Estados Unidos. Se trataba de una mujer sincera y honesta; alguien que, en contraste con el resto de mi

Con la señorita Squire, Belfast, octubre de 1928.

familia –especialmente con mi madre y sus frecuentes escenas de arrebatos histéricos–, sabía escuchar y transmitir fortaleza y seguridad internas

La tensión entre la señorita Squire y mi madre era palpable, lo cual me llenaba de inquietud, tanto entonces, como todavía ahora cuando lo pienso. No sólo me afligía debido al cariño que yo sentía por la señorita Squire, sino que, a través de las constantes acusaciones que mi madre le imputaba, sentía que a menudo se violaba mi sentido básico de la justicia. Aunque

ahora comprendo que mi madre tenía razones para estar celosa, en aquel momento yo estaba totalmente del lado de la señorita Squire, y vivía con el miedo constante de que pudiera ser despedida. Finalmente, la señorita Squire permaneció en nuestra casa, incluso, durante mi estancia en el internado. En 1931 se casó y mi padre la ayudó a montar una escuela Berlitz de idiomas en su Belfast natal. Ella me había llevado allí de visita en 1928, y lo que recuerdo de aquel viaje es la impresión de sorpresa y satisfacción que me causó su familia obrera y el cálido ambiente familiar que reinaba allí, una calidez que tanto faltaba en mi propia casa.

Éste es el escenario en el que crecí. Tanto el entorno físico como los criados e institutrices formaron parte del medio que determinó el rumbo de mi infancia. Mi familia fue, por supuesto, crucial en este medio pero, en muchos aspectos, menos real para mí que el escenario que he descrito: mis relaciones inmediatas y directas en casa eran a menudo con criados y, luego, con la señorita Squire, aunque mis padres y mis dos hermanos mayores estuvieran siempre por allí, apareciendo, de vez en cuando, sobre el fondo de mis primeros años.

ISBN: 978-84-370-6740-7
9 788437 067407

biografías

Dos semanas antes de su muerte en enero de 1999, George L. Mosse, uno de los grandes historiadores del siglo XX, terminó de escribir estas memorias: un relato fascinante y fluido de una vida extraordinaria que transcurrió a lo largo de gran parte de los acontecimientos más importantes del siglo pasado. Mosse nos ofrece una historia personal del siglo XX, que incluye sus encuentros con Carl Jung, Martin Buber, Albert Speer, Robert Lowell y Elizabeth Hardwick, y muchas otras figuras famosas. El libro describe la opulenta infancia de Mosse en el Berlín de la república de Weimar, su exilio en París e Inglaterra; el segundo exilio en los Estados Unidos y sus prolongadas estancias en Londres y en Jerusalén. También trata asuntos de su identidad personal, como el hecho de ser judío y su compromiso con Israel y con el sionismo. Analiza su condición homosexual, el reconocimiento público de este hecho y su creciente interés académico en cuestiones de sexualidad. Esta memoria conmovedora, en ocasiones desgarradora y en otras humorística, está guiada en parte por la creencia de Mosse de que «lo que el hombre es, sólo lo cuenta la historia», y por los recurrentes temas sobre el destino del liberalismo, los acontecimientos decisivos que pueden provocar el despertar político generacional de la juventud, los significados de la masculinidad y de los estereotipos raciales y sexuales, el enigma del exilio y, sobre todo, la importancia de encontrarse a uno mismo a través de la búsqueda de la verdad y de un análisis honesto e inmutable de su propio lugar en el contexto de su época.

PUV PUBLICACIONS VNIVERSITAT DE VALÈNCIA